

"Scala en Hi Fi"

miércoles, 18 de abril de 2007

Modificado el sábado, 05 de mayo de 2007

Música de Papagüevos

Por Santiago Gil

Hay fotos que nos presentan horteras. En los setenta hubo una estética muy chirriante y muy dada a los colorines. A nosotros nos vistieron también con esa estática y todos tenemos fotografías que dan fe de ese escarnio al buen gusto y a la armonía.

Éramos divertidos pero no nos caracterizábamos precisamente por la pulcritud o el pijeísmo de nuestras vestimentas. Nos poníamos cualquier cosa y nos largábamos a la calle a corretear y a ver mundo, todo ese mundo tan cercano y al mismo tiempo tan aventurero que vivíamos entonces. Uno cierra los ojos y recuerda las ropas que llevábamos a misa los domingos y la verdad es que dan ganas de llorar. No sé si se acuerdan de los zapatos charolados, de los pantalones de campanas, de los pulóver de cuello alto con colores que mejor no reseñar o de aquellos enormes cinturones tachonados que parecían recién sacados de un spaghetti western cutre. Y luego estaban los peinados, a lo que saliera, o queriendo formar rizos con el pelo mojado y una sacudida capilar. No había mucho más donde elegir y uno, la verdad, tampoco reparaba entonces en esas menudencias del vestir y la buena presencia. De hecho las restricciones del agua jugaban a nuestro favor y sólo nos obligaban a pasar por la ducha o la bañera un par de veces a la semana. Entonces se acababa el agua cada dos por tres. Parece mentira que eso ocurriera hace tan pocos años, pero lo normal era que nos quedáramos sin agua varios días y que nuestra obsesión fuera el sonido de las tuberías o el del bidón llenándose en la azotea. Nos criamos valorando el agua como el oro, y aún hoy creo que la gente de mi generación es incapaz de ver cómo se malgasta y quedarse como si tal cosa. El agua es la vida, y en aquellos años tuvimos ocasión de aprenderlo. Por eso nos encantaba tanto la piscina, y por eso supuso lo que supuso la apertura de las piscinas en el barranco: aquello era para nosotros como una especie de parque temático para los niños de hoy, agua por todas partes y a todas horas, un mundo de sensaciones maravillosas cuando margullábamos o nos tirábamos el día entero zascandileando entre las corcheas y los sumideros, siempre a la vera del bueno de Benino o se Suso el campanera, dos seres emblemáticos y queridos donde los haya para los niños de los setenta.

Nunca dejaré de quedarme alelado mirando y oyendo los motores de la piscina del barranco: era como bajar a la bodega de los grandes trasatlánticos, y luego estaba el olor, esa mezcla de cloro y desinfectantes que hacía que el agua perdiera su condición inodora y quedara asociada para siempre con la aventura y el verano. No era como el mar, no digo que ni mejor ni peor, pero eran otros baños y otras formas de entender la cercanía del agua. Fuimos felices en esas piscinas, felices y también horteras con aquellos zuecos que se pusieron de moda una época y que todavía hoy no sé cómo diablos éramos capaces de calzar a todas horas. Menos mal que entonces apenas había cámaras, y que cuando nos cogía Paco Rivero solía ser peinaditos y arreglados en los cumpleaños o en las fiestas de guardar. Si entonces hubiera las posibilidades de inmortalización inmediata que tenemos hoy en día estaríamos realmente aviados.

El culmen de las horteras de esos años eran las Scalas en Hi Fi. Cada fiesta que se preciara tenía que tener entre sus atractivos un festival de imitaciones musicales en condiciones. Había verdaderos clásicos que interpretaban distintos amigos del pueblo. No voy a decir nombres por no afrentar a nadie, pero aún soy capaz de recrear como si los estuviera viendo ahora mismo a quienes imitaban a los Village People con el famoso In the Navy o a los que se transmutaban en Tequila para dar vida a Ariel Rot y compañía en el Rock de la Cárcel. Esos podríamos decir que eran los grandes clásicos junto con las imitaciones de John Travolta y Olivia Newton Yong en Fiebre del Sábado Noche o Grease, o la de los Bee Gees con aquel Tragedy que levantaba a la gente de sus asientos. Cada grupo tenía su público, lo mismo que los imitadores, y aún recuerdo el terror de luchas hasta la bandera siguiendo los movimientos, espamódicos y epilépticos, y las imitaciones de los travoltines guinenses. Por eso digo que éramos un poco cutres, pero habría que aclarar que quedaban muchos años para que llegara el karaoke, y que lo más vanguardista que teníamos entonces era el programa Aplauso con la Juventud Baila y todos aquellos friquis que reinaban en las discotecas de sus respectivos pueblos.

La Scala en Hi Fi tenía un punto rancio que visto desde la distancia puede que fuera precisamente lo que la hacía atractiva; ese aire y el sempiterno deseo de ser otro. En eso creo que nos hemos ido superando. Pero de vez en cuando tengo pesadillas y todavía me veo metido en una Scala en Hi Fi como las de aquellos años: me sorprende moviendo la boca e imitando lo que viven otros. Como para disimular que yo soy realmente yo y que controlo mi vida y mis circunstancias orteguianas, hago como que todo va bien y sonrío siempre que tengo ocasión, pero tengo miedo a que termine la música y se acabe la magia. En esos sueños, que en el fondo no son más que trasuntos de nuestras propias vidas, nos vemos seguros e importantes sólo por el hecho de estar vivos. Caminamos, amamos, comemos y de

vez en cuando nos damos un baño en la playa. Y a lo mejor no estamos haciendo más que una scala en hi fi de la vida de otro, y finalmente todo es mentira. Entonces era más o menos igual, pero para los que imitaban y para los que veíamos el espectáculo desde las gradas todo aquello formaba parte de una verdad irrefutable, tan verdad como lo pueda ser hoy nuestra propia vida. O tan mentira. Nunca se sabe. Pero por si acaso dejemos que siga sonando la música. De papagüevos, por supuesto.

Abril de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)